ZURITA LAS POSIBILIDADES DEL LENGUAJE

**RELACIONADOS:** [LECTURAS DOMINICALES](https://www.eltiempo.com/noticias/lecturas-dominicales) [CHILE](https://www.eltiempo.com/noticias/chile) [POESÍA](https://www.eltiempo.com/noticias/poesia) [PREMIO](https://www.eltiempo.com/noticias/premio)

**Por:** **Santiago Espinosa** 13 de septiembre 2020 , 02:44 a. m.

Un 11 de septiembre del 73, hace casi cincuenta años, las fuerzas armadas de Chile daban un golpe militar contra el gobierno democrático de Salvador Allende. Cada año se suceden las imágenes en la mente de los chilenos, en la de todos aquellos que observaban la televisión, viendo cómo la realidad se convertía poco a poco en un fantasma. Hacia las nueve de la mañana se emite la primera proclama militar. Una hora después, Allende pronuncia su último discurso, minutos antes de que comience el bombardeo sobre el Palacio de la Moneda.

Más de doscientas mil personas tuvieron que irse del país, huyendo de la dictadura de Augusto Pinochet. Otras tres mil fueron ejecutadas o simplemente desaparecidas. Las que sobrevivieron a los campos de detención, en cárceles y estadios deportivos, en la distancia del desierto o en el interior de unos barcos improvisados, fueron violadas o torturadas por los militares. Según cifras oficiales, se habla de 28.259 víctimas.

El mismo día del golpe, Raúl Zurita, un estudiante de ingeniería, fue detenido en Valparaíso a las seis de la mañana, cuando iba de camino a la universidad. Primero fue llevado al estadio de Playa Ancha, después al carguero Maipó, un barco en el que fueron torturadas unas ochocientas personas.

Para los que han vivido estas circunstancias, una de las razones para sobrevivir es convertirse en un testigo, como advierte el filósofo italiano Giorgio Agamben. El problema en estos casos es que el lenguaje se desgarra con el cuerpo. No alcanzan las palabras ni tampoco los gestos, no existe una expresión que pueda responder a la ignominia, condenando a los testigos al murmullo o al aullido.

Esto se vive en Zurita de manera literal. Más que con el canto, su poesía tiene su inicio con un gesto igualmente violento: el momento en que el poeta se hiere la mejilla con un hierro ardiente, dos años después de la detención. La imagen de su rostro quemado es la portada de Purgatorio (1979), el primero de sus libros, después le seguirá Anteparaíso en el 82. Aquí comienza el movimiento de sus paisajes.

Un ojo donde se extiende la magnitud de las costas chilenas. La cordillera de los Andes que ha comenzado a moverse como el mar. Todo el desierto de Atacama suspendido en el aire, “como un pájaro”. Ante la magnitud de la dictadura, tan devastadora para toda su generación, Zurita opondría la dimensión de estos paisajes alucinados. Todas aquellas cosas que imaginó en el carguero de Maipó, tratando de vislumbrar el paraíso. Es así que las montañas de Ercilla y de Gabriela Mistral, los mares de Neruda y de Huidobro, el largo hilo de silencio que media entre los dos, y que es la patria chilena, son arrastradas por Zurita en el desastre de la historia.

Cuando pensábamos que el poeta era una voz particular, “los poetas bajaron del Olimpo”, decía Nicanor Parra, Zurita nos recordó que esos mismos vecinos eran capaces de una respuesta colectiva, imaginando desde su sitio el universo. Desde los títulos podemos advertir la relación con la Divina Comedia. Esta gran obra de Occidente, dice Zurita en una de sus entrevistas, pudo nacer como el acto de un hombre, Dante, que escribe lo que escribe para volver a ver los ojos de una mujer desaparecida. Lo que nos pasa a menudo en los buses o en el metro, en una dictadura como la chilena, donde la palabra desaparición pierde cualquier inocencia. Esto lo hará el poeta en Canto a su amor desaparecido (1985) y La vida nueva (1994),

imaginando la voz de los ausentes. Lo hará después en INRI, de 2003, su testimonio más desgarrado y conmovedor.

**Hay en estos poemas una palabra que, al convocar estos horrores, al menos se ha**

**perdonado a sí misma**

* FACEBOOK
* TWITTER

Todo el libro despliega ante nosotros una larga geografía de la infamia. En El botón de nácar, un documental de Patricio Guzmán en el que aparece Zurita, se nos cuenta de cuerpos arrojados al Pacífico, atados a un trozo de riel. En uno de estos rieles, adosado al metal, apareció en el océano un pequeño botón. Un botón como la única evidencia de que allí estuvo una persona. De esto nos habla INRI. Y de un barco en la mitad del desierto: el lugar en donde torturaron al poeta. Y de flores que crecen en las cuencas vacías de los ahogados:

Cientos de cuerpos fueron arrojados sobre las montañas, lagos y mar de Chile. Un sueño quizás soñó que había unas flores, que había unas  rompientes, un océano subiéndolos salvos desde sus tumbas en los paisajes. No.  Están muertos. Fueron ya dichas las inexistentes flores. Fue ya dicha la inexistente mañana.

Alguien tenía que imaginar que los paisajes fueran la evidencia. Alguien tenía que recordar que aquellos muertos están bajo los mares y desiertos, en las playas y en las montañas, prolongando en los poemas sus silencios y sus gritos. Escribe Zurita en La demencial apuesta de la poesía: “Imaginarlos fue mi forma íntima de resistir, de no enloquecer, de no resignarme. Sentí que frente a la violencia había que responder con una violencia infinitamente más fuerte: con la violencia de la belleza”.

Zurita, gracias a distintas instalaciones, pudo cumplir el sueño de ver sus poemas dibujados en el cielo de Nueva York, escritos sobre el desierto de Atacama o proyectados en los acantilados, llevando la poesía más allá de los libros. En una de sus últimas publicaciones y que se titula así, Zurita, el poeta ha emprendido la tarea de poetizar su biografía, igual que un territorio desconocido. La poesía no pudo devolver a los desaparecidos. La fe de los torturados no se multiplicó “en dos partes”, como lo escribía Dylan Thomas a forma de conjuro. Pero hay en estos poemas una palabra que, al convocar estos horrores, al menos se ha perdonado a sí misma. La posibilidad de recuperar un rostro, Zurita, después de las heridas y el dolor.

El Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, que recibió esta semana, no solo ha reconocido al que podría ser el mayor poeta del idioma, el más admirado por las recientes generaciones. También premia la posibilidad del lenguaje para ayudarnos a permanecer.

SANTIAGO ESPINOSA